

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO
ITXASO DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL
(EDS.)

*La península Arábiga e Irán
ante la cuestión palestina*

GRANADA · 2025

COLECCIÓN ESTUDIOS ÁRABES

Segunda etapa de Monográfica/Humanidades/Estudios Árabes

Dirección

CARMELO PÉREZ BELTRÁN (Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada).

Comité científico

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO (Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid); FRANCISCO FRANCO-SÁNCHEZ (Catedrático de Estudios Islámicos de la Universidad de Alicante); ANTONELLA GHERSETTI (Profesora de Literatura Árabe de la Universidad de Venecia, Italia); MIGUEL HERNANDO DE LARRAMENDI (Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Castilla-La Mancha); ABIGAIL KRASNER BALBALE (Profesora de Oriente Medio y Estudios Islámicos de la Universidad de New York, Estados Unidos); JUAN ANTONIO MACÍAS AMORETTI (Profesor Titular de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada); CELIA DEL MORAL MOLINA (Catedrática Emérita de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada); FRANCISCO VIDAL CASTRO (Profesor Titular de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Jaén); M^a JESÚS VIGUERA MOLINS (Catedrática Emérita de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid); JOSEF ŽENKA (Profesor de Historia del Islam de la Universidad de Carolina de Praga, República Checa); HAYAT ZIRARI (Profesora de Antropología de la Universidad Hassan II de Casablanca, Marruecos).

© Los autores

© Ignacio Álvarez-Ossorio e Itxaso Domínguez de Olazábal (eds.)

© Universidad de Granada

ISBN(e): 978-84-338-7549-5

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja.

Colegio Máximo, s.n., 18071 Granada

Tel.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

Maquetación: Raquel L. Serrano/Atticus Ediciones.

Diseño de cubierta: Tarma Estudio Gráfico. Granada.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

A Francisco Javier Li3n Bustillo (1963-2024)

in memoriam.

CONTENIDOS

PRESENTACIÓN

POR IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO E ITXASO DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL 11

CAPÍTULO I

KUWAIT ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: PARADOJAS NACIONALES ENTRE LA RUPTURA Y LA RECONCILIACIÓN

MAR GIJÓN MENDIGUTÍA 23

CAPÍTULO II

BAHRÉIN ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: DE LA PERIFERIA AL CENTRO

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO 53

CAPÍTULO III

YEMEN ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: DILEMAS Y RUPTURAS EN LA SOLIDARIDAD TRADICIONAL

LEYLA HAMAD ZAHONERO 81

CAPÍTULO IV

OMÁN, LA CUESTIÓN PALESTINA Y LAS RELACIONES CON ISRAEL: ¿EXCEPCIÓN O CONTINUIDAD?

IGNACIO GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA 105

CAPÍTULO V

EMIRATOS ÁRABES UNIDOS ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: ¿DESANCLAJE O HIPOCRESÍA ORGANIZADA?

ITXASO DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL..... 133

CAPÍTULO VI

QATAR ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: APOYO Y MEDIACIÓN

LETICIA RODRÍGUEZ GARCÍA 161

CAPÍTULO VII

ARABIA SAUDÍ ANTE LA CUESTIÓN PALESTINA: ORDEN INTERNO Y LIDERAZGO REGIONAL

DAVID HERNÁNDEZ MARTÍNEZ 199

CAPÍTULO VIII

IRÁN Y LOS GRUPOS PALESTINOS DE LIBERACIÓN NACIONAL: LOS CASOS DE YIHAD ISLÁMICA Y HAMAS

MOISÉS GARDUÑO GARCÍA 227

PRESENTACIÓN

En el curso de las últimas décadas, las monarquías de la península Arábiga han adquirido un notable protagonismo político y se han consolidado como el centro de toma de decisiones del sistema árabe. Esta situación contrasta con épocas pretéritas, cuando dicha región ocupó una posición periférica y alejada de los principales núcleos de poder, situados en Egipto, Siria o Irak, países que se disputaron el puesto de paladines del arabismo y defensores de la causa palestina desde el establecimiento del Estado de Israel en 1948 y la consecuente *Nakba* de 1947-1949, muy particularmente en el periodo comprendido entre las décadas de los cincuenta y los ochenta cuando dichos países entraron en crisis. En las últimas dos décadas, Irán, por su parte, logró expandir su órbita de influencia gracias al patrocinio del denominado Eje de la Resistencia, una alianza informal con varios actores islamistas no estatales.

Tres acontecimientos propiciaron el declive del nacionalismo árabe y el ascenso del panislamismo. El primero fue la derrota árabe en la guerra de los Seis Días de 1967, en el curso de la cual Israel ocupó los territorios palestinos de Cisjordania, la Franja de Gaza y Jerusalén Este, en lo que los palestinos denominan la *Naksa*, así como el Sinaí egipcio y el Golán sirio. El segundo fue el boom del petróleo tras la guerra de Octubre de 1973, cuando los países árabes productores aprobaron un limitado embargo petrolífero contra los principales aliados de Israel que disparó el precio del barril del crudo y permitió el ascenso de Arabia Saudí, estrecho aliado de Estados Unidos y promotor del wahabismo por el conjunto del mundo islámico, lo que favoreció la progresiva 'petrodolarización' del orden regional emergente. El tercer acontecimiento fue la revolución iraní de 1979, que provocó el derrocamiento del Sah de Persia y permitió la instauración

de un régimen islámico que tuvo como una de sus máximas prioridades la exportación de la revolución por el conjunto del Oriente Medio, de la mano de un discurso antiimperialista compartido por diversos actores a nivel regional e internacional. Como consecuencia de todas estas transformaciones, la región del Golfo adquirió un enorme protagonismo que se vio acentuado tras la guerra irano-iraquí (1980-1988), la invasión iraquí de Kuwait (1990-1991) y el derrocamiento de Saddam Husein por Estados Unidos (2003).

Aunque la península Arábiga es una parte inseparable de Oriente Medio, lo cierto es que se ha ido dotando de sus propias dinámicas políticas, económicas y sociales claramente diferenciadas del resto de la región. Si bien formaba parte del Imperio Otomano, el Golfo ha tenido una estrecha relación con Gran Bretaña desde principios del siglo XIX, ya que el dominio de la costa de la península Arábiga era vital para controlar las rutas comerciales entre la India y Gran Bretaña. De ahí que los británicos se apresuraran a firmar una serie de tratados con los jeques locales árabes que, con el transcurso del tiempo, asentaron una dominación colonial e imperial en la que el grado de influencia de Londres variaba en función de los tratados rubricados y los protectorados establecidos.

El descubrimiento del petróleo en las primeras décadas del siglo XX acrecentó el interés por la región, ya que fueron compañías occidentales las responsables de realizar las primeras prospecciones y explotar los principales yacimientos, lo que permitió la progresiva modernización de las estructuras de gobierno y la consolidación en el poder de las dinastías locales, que firmaron acuerdos con Gran Bretaña basados en la máxima 'petróleo por seguridad'. Dichos acuerdos cedían a compañías inglesas o estadounidenses la explotación de sus recursos naturales a cambio de preservar su seguridad y blindar en el poder a los jeques tribales y a la dinastía Pahleví. Tras la Segunda Guerra Mundial y el consiguiente proceso de descolonización que debilitó enormemente a las potencias coloniales europeas, Estados Unidos reemplazó a Gran Bretaña como principal protector de dichas monarquías, proceso que se aceleró con las independencias nacionales de muchos de los emiratos y reinos en las décadas de los sesenta y los setenta.

La relación de los países del Golfo con la cuestión palestina comienza en pleno periodo colonial. Durante la época de entreguerras, Gran Bretaña instauró un Mandato británico sobre Palestina. El objetivo de la potencia colonial no era otro que ceder dicho territorio al movimiento sionista para que estableciera un Estado judío, tal y como contemplaba la Declaración Balfour de 1917 al prometer un futuro 'hogar nacional para el pueblo judío'. Pese a que la mayor parte de la península Arábiga permanecía bajo influencia británica, sus poblaciones se movilizaban en defensa de la causa palestina y

en contra del proyecto sionista recaudando fondos para enviarlos a Palestina durante la gran revuelta que se desarrolló entre 1936 y 1939.

Es importante recordar que la mayor parte de los países del Golfo y su entorno no eran independientes en 1947, cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas respaldó el Plan de Partición, por lo que sólo Arabia Saudí, Yemen e Irán votaron en contra de la resolución 181. Tras la *Nakba*, los países más prósperos abrieron sus puertas a los refugiados palestinos que fueron empleados tanto en el sector público, con un papel destacado en la burocracia y la educación, como en el privado, muy principalmente en el sector de los hidrocarburos. Arabia Saudí, Kuwait y lo que más tarde se convertiría en Emiratos Árabes Unidos fueron los países que acogieron a una mayor cantidad de palestinos, que contribuyeron decisivamente al desarrollo de las nuevas estructuras estatales. Los países más distantes y con menos recursos, en especial Omán y Yemen, apenas acogieron a unos cientos de refugiados, mientras que el Irán de los Pahleví no era un destino atractivo por un cúmulo de razones, entre ellas que estaba alejado de las fronteras con Palestina, profesaba el islam chií y tenía como lengua oficial el persa, lo que dificultaba la integración de los palestinos.

En todos estos contextos, el margen de maniobra política de la diáspora palestina fue, y todavía es, extremadamente limitado debido al carácter autoritario de los países de acogida y la restricción generalizada de las libertades. En las décadas siguientes, los países del Golfo fueron solidarios con la causa de Palestina, se negaron a reconocer a Israel y pidieron la retirada de los territorios árabes ocupados, con un énfasis particular en Jerusalén, tras la guerra de 1967. En consonancia con este posicionamiento, pero también conscientes del peso político que recaía sobre ellos en línea con esa solidaridad que profesaban públicamente, los reinos y emiratos de la región reconocieron a la Organización de Liberación de Palestina (OLP) como única y legítima representante del pueblo palestino en 1974 y permitieron la apertura de oficinas de dicha entidad en sus capitales.

Cuando el presidente Anuar al-Sadat firmó el tratado de paz de Camp David con Israel (1979), la Liga Árabe decidió expulsar a Egipto de la organización y trasladar su sede de El Cairo a Túnez. Sólo Omán y Marruecos decidieron mantener intactas sus relaciones diplomáticas con el régimen egipcio. Sin embargo, ya en esa época comenzaron a apreciarse algunas inconsistencias en el apoyo aparentemente incondicional a la causa palestina, como lo demuestra la cooperación entre Arabia Saudí e Israel en el marco de la guerra de Yemen, así como la primera versión de la iniciativa de paz saudí -el Plan Fahd de 1979-, que otros Estados árabes denunciaron por ser excesivamente timorata, antes de transformarlo en el Plan Fez de 1981.

LOS «ACUERDOS DE OSLO» Y LA FRAGMENTACIÓN PALESTINA

La solidaridad con la cuestión palestina entró en una nueva fase con la irrupción de la Intifada de 1987 y la Declaración de Independencia de Argel de un año después, cuando el estatus de las oficinas palestinas fue elevado y pasaron a ser reconocidas como embajadas. Buena parte de los países del Golfo valoraron positivamente el inicio de un diálogo con Israel y enviaron delegaciones a la Conferencia de Paz de Madrid en 1991, tras haber presionado a los dirigentes palestinos para que estuvieran presentes en la misma. También acogieron de manera favorable los denominados «Acuerdos de Oslo» inaugurados con la Declaración de Principios sobre las Relaciones entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina de 1993. Algunos de ellos, inspirados por un enfoque *outside in* que impulsó la dimensión multilateral del proceso de paz y según el cual era necesario involucrar a actores externos, incluso permitieron la apertura de oficinas comerciales israelíes en sus territorios. En aquel momento quedó claro que su cercanía con la causa palestina podía ser utilizada para intensificar relaciones con Occidente y, también, para aumentar su influencia tanto regional como internacional.

No obstante, el colapso de las negociaciones en la Cumbre de Camp David y la posterior Intifada de al-Aqsa de 2000 truncaron este proceso de aproximación. Para tratar de unificar las posiciones árabes, el rey Abdallah de Arabia Saudí promovió la Iniciativa de Beirut en 2002 (también precedida por un plan que varios Estados árabes criticaron como demasiado moderado), que planteaba un reconocimiento conjunto de Israel a cambio de su retirada de los territorios árabes y del establecimiento de un Estado palestino soberano e independiente en los territorios palestinos ocupados en 1967. Esta oferta fue rechazada por el gobierno israelí, que consideraba que el balance de fuerzas tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 le era favorable y, por lo tanto, profundizó su proceso colonizador para romper la continuidad territorial y hacer inviable la independencia palestina, en contravención del marco de Oslo y del derecho internacional.

El progresivo colapso de Fatah y el imparable ascenso de Hamas quedó de manifiesto en las elecciones al Consejo Legislativo Palestino de 2006, en las que se impuso la formación islamista. La victoria de Hamas fue interpretada como un rechazo al enfoque negociador de Fatah, reflejando el descontento de la población palestina con la corrupción y la falta de progreso en el proceso de paz. Debe recordarse que, en las décadas de los sesenta y los setenta, la mayor parte de los países árabes del Golfo vio en Fatah un aliado para frenar el ascenso de las formaciones izquierdistas como el Movimiento de los Nacionalistas Árabes (MNA) o, tras la derrota de 1967, de sus

herederos el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) o el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP). De ahí que buena parte de las ayudas económicas del Golfo se canalizaran hacia el Movimiento Nacional de Liberación de Palestina (Fatah) en detrimento de sus rivales, que gravitaron en la órbita de regímenes nacionalistas o socialistas árabes como el sirio, el iraquí o el yemení y, además, enarbolaron posiciones maximalistas con respecto a la liberación palestina.

La irrupción en escena de Hamas a partir de 1988 marcó un punto de inflexión, ya que la formación buscó el patrocinio de los regímenes sirio e iraní, sobre todo tras la firma de los «Acuerdos de Oslo», que radicalizó sus posicionamientos en referencia a lo que se consideraba una traición a varios pilares de la causa palestina, además de una estrategia negociadora improductiva dada la asimetría de poder sobre el terreno. Tras su victoria electoral en 2006 y su choque con Fatah un año después, la organización islamista se aproximó a Qatar, que se convirtió en uno de sus principales respaldos financieros en un intento de reafirmar la autonomía de su política exterior frente a Arabia Saudí, la tradicional potencia hegemónica de la península Arábiga. No obstante, tras los ataques del 7 de octubre de 2023 Qatar se distanció de la formación islamista palestina y ordenó la salida de sus principales dirigentes del país debido a las intensas presiones estadounidenses.

LA «PRIMAVERA ÁRABE» Y LA INVISIBILIZACIÓN DE LA CUESTIÓN DE PALESTINA

Los levantamientos antiautoritarios en el mundo árabe a partir de 2010 fueron percibidos por la mayoría de las monarquías de la península Arábiga como una amenaza existencial, por lo que optaron por fortalecer sus vínculos con los regímenes autocráticos y combatir a los Hermanos Musulmanes, que aprovecharon el vacío político para imponerse en los procesos electorales que se desarrollaron en algunos de los países sacudidos por la ola de movilizaciones populares. La caída de los islamistas en Egipto fue seguida por la ilegalización de los Hermanos Musulmanes por parte de Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Bahréin que, a partir de 2013, la incluyeron en su lista de organizaciones terroristas e iniciaron una violenta represión contra sus simpatizantes y sus donantes, lo que también afectó drásticamente a la financiación de Hamas, cuyos mandos fueron expulsados de Siria tras apoyar el levantamiento contra Bashar al-Asad. Los regímenes del Golfo se comenzaron a posicionar de forma distinta, e incluso enfrentada, con respecto a la fragmentación de la arena política palestina y la

cercanía de Qatar con Hamas e Irán fue uno de los motivos esgrimidos para justificar el bloqueo a dicho emirato por parte de Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Egipto a partir de 2017.

Esta ola contrarrevolucionaria liderada por Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí tenía, además, como objetivo reprimir y, en última instancia, suprimir la solidaridad transnacional que las revueltas habían inspirado, en la que la solidaridad con la causa palestina desempeñó un papel central. Esta represión de la actividad política arroja luz sobre la percepción del potencial revolucionario y carácter interseccional de la cuestión palestina, desde 1948 hasta la actualidad, a la que se refieren varios análisis en este volumen. El contexto post-«Primavera Árabe» que esos regímenes deseaban estaba en plena sintonía con el «Nuevo Oriente Medio» promovido por Shimon Peres, quien a mediados de la década de los noventa desempeñó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores y presidente de Israel, que también promovía una división funcional de la cuestión palestina en la que los palestinos gestionarían sus asuntos administrativos con el pleno control israelí del territorio ocupado.

El pacto nuclear entre el G5+1 e Irán en 2015 intensificó las tensiones regionales con la profundización de lo que algunos analistas interpretaron como una nueva Guerra Fría en la región, en esta ocasión protagonizada principalmente por Arabia Saudí, donde el nuevo liderazgo del príncipe heredero Mohamed bin Salman trajo consigo la adopción de una política exterior extremadamente intervencionista, y un Irán que había sido el principal beneficiado por la caída de Saddam Husein tras la invasión estadounidense de Irak en 2003, tras lo cual había logrado extender su influencia por varios países de la región y, en particular, Siria, Líbano y Yemen.

El anuncio por parte del presidente Barack Obama de que Estados Unidos se replegaría gradualmente de Oriente Medio para tratar de frenar la expansión china en el Indo-Pacífico acrecentó los temores de los gobernantes del Golfo de que Washington dejaría de salvaguardar su seguridad, tal y como había venido haciendo desde el Pacto del Quincey de 1945. A esto se añadía un contexto global cada vez más multipolar que aconsejaba la diversificación de alianzas. De ahí que algunas de las monarquías de la región empezaran a plantearse reforzar, e incluso institucionalizar, sus vínculos con Israel. Uno de los principales argumentos para justificar dicha medida era el creciente poderío regional del régimen iraní y su proyección hacia el Mediterráneo a través del arco que iba desde Teherán a Beirut pasando por Bagdad y Damasco. En realidad, no sólo se trataba de unas mismas percepciones de riesgos geopolíticos, ya que también el argumento económico era relevante, puesto que tanto Israel como las monarquías del Golfo eran plenamente conscientes de la imperiosa necesidad de colaborar

en el terreno económico ante la creación de nuevas rutas comerciales que comunicaban Oriente con Occidente como la Iniciativa de la Franja y la Ruta o el Corredor India-Oriente Medio-Europa.

LOS «ACUERDOS DE ABRAHAM» Y EL CONTEXTO POSTERIOR AL 7 DE OCTUBRE DE 2023

La progresiva aproximación entre algunas monarquías del Golfo y Tel Aviv fue promovida por las diferentes administraciones norteamericanas y, en particular, por el presidente Donald Trump durante su primer mandato. En la última década, el apoyo a la causa palestina empezó a ser cuestionado de manera explícita por varios dirigentes árabes, que interpretaron que se había convertido en una carga demasiado pesada que limitaba su margen de maniobra y ponía en peligro sus intereses nacionales e, incluso, la estabilidad y prosperidad en la región. A partir de entonces empezaron a recurrir a discursos que, cada vez en mayor medida, replicaban los relatos israelíes que culpaban a los palestinos de su precaria situación e impusieron una cobertura mediática cada vez más restrictiva en lo que se refería a la ocupación e, incluso, se introdujeron cambios significativos en los currículos de las escuelas para que dejaran de hacer referencias a la evolución histórica de la cuestión de Palestina. En el caso concreto de Emiratos Árabes Unidos debe destacarse el desanclaje que el régimen ha conseguido articular entre la ayuda humanitaria como símbolo de solidaridad con la causa palestina y la intensificación relaciones con Israel, a pesar de sus sistemáticas violaciones de los derechos humanos de la población palestina.

Los cada vez más frecuentes contactos entre la mayor parte de los países del Golfo con las autoridades políticas y militares israelíes allanaron el camino para la firma de los llamados «Acuerdos de Abraham» en septiembre de 2020, por los cuales Emiratos Árabes Unidos y Bahrein normalizaron sus relaciones con Israel, proceso al que después se sumaron Sudán y Marruecos. La «normalización» en este contexto se refiere al establecimiento formal de relaciones diplomáticas, económicas y culturales entre estos países e Israel, superando el estado previo de no reconocimiento, tensiones o conflicto implícito. Este proceso incluyó el intercambio de embajadas, acuerdos de cooperación en diversos sectores y un reconocimiento mutuo, lo que marcó un cambio significativo en las dinámicas políticas de la región. La normalización, sin embargo, también implicaba conferir a Israel un reconocimiento político que va más allá de las relaciones diplomáticas. En este sentido, supone aceptar su presencia como un actor legítimo dentro del panorama político del mundo árabe. Esta normalización puede entenderse de la mano de un intento de transformar la percepción de Israel en las sociedades

árabes, pasando de ser visto exclusivamente como un ocupante y enemigo, a una nación con la que se pueden y deben establecer estrechos vínculos, lo que aún genera enormes debates y divisiones internas en muchos países.

Al establecer plenas relaciones diplomáticas con su anterior enemigo (como al menos era presentado hasta aquel momento), dichos países árabes abandonaban el consenso árabe alcanzado en la Iniciativa de Beirut en 2002 y, también, traicionaban sus anteriores promesas de apoyo inquebrantable a la cuestión palestina, muy particularmente en lo que se refiere a los «tres noes»: no al reconocimiento de Israel, no a las negociaciones con Israel y no a la paz con Israel fijados en la Cumbre Árabe de Jartum de 1967. Este giro marcó una ruptura con el principio de que la normalización con Israel solo sería posible tras la resolución del conflicto palestino y el fin de la ocupación israelí de los territorios palestinos. A cambio de ello alcanzaron diversos acuerdos con Israel para la cooperación en los terrenos de defensa, seguridad y tecnología, con los que confiaban equilibrar sus relaciones con Irán ante una eventual salida de Estados Unidos de la región y afianzar su estatus de nodo en ámbitos como la logística, infraestructuras y comercio.

Por último, cabe detenerse en la posición de los dirigentes del Golfo ante la escalada de tensión en Gaza como resultado de los ataques del 7 de octubre de 2023 que Hamas dirigió contra varias localidades israelíes. En este sentido es pertinente recalcar que «no existe, y puede que nunca haya existido realmente, una única postura ‘de todo el Golfo’ respecto a Israel (o Palestina, para el caso). En lugar de ello, los seis Estados del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) se mueven en un espectro de posturas hacia Israel que van desde la ausencia de vínculos (Kuwait) a la coexistencia pragmática (Omán, Qatar y Arabia Saudí), pasando por la plena normalización (Bahréin y Emiratos Árabes Unidos)»¹. Ni que decir tiene que Irán, como patrón del Eje de la Resistencia, secundó dicho ataque perpetrado por su aliado Hamas, aunque manifestó no haber sido informado con antelación de los planes de la rama militar de la organización islamista palestina.

A pesar de los bombardeos indiscriminados contra la Franja de Gaza, la violencia intensificada en Cisjordania y Jerusalén y la posterior invasión y ataques masivos contra partes del Líbano para tratar de destruir las capacidades ofensivas de Hezbolá y descabezar a su liderazgo, varios de estos regímenes han continuado instrumentalizando la causa palestina ante sus poblaciones y recurriendo a la ayuda humanitaria para tratar de justificar su inacción política, pero sin llegar a adoptar acciones mucho más

1 Ulrichsen, Kristian Coates: «GCC States and the War on Gaza: Positions, Perceptions, and Interests», Arab Center Washington DC, 22 de noviembre de 2023.

contundentes para obligar a que Israel cumpla el derecho internacional, tal y como se comprueba en los capítulos de este volumen.

Con el transcurso del tiempo y ante la desproporcionada respuesta militar que desencadenó la destrucción de la Franja de Gaza y el asesinato de más de 50.000 palestinos, el proceso de normalización árabe-israelí quedó congelado, aunque seguramente no condenado a muerte, ya que la justificación que los sostiene todavía sigue viva. De hecho, Arabia Saudí, que se encontraba en un proceso de negociaciones secretas para sumarse a los «Acuerdos de Abraham», se vio obligada a revisar su posición y a endurecer, al menos desde el punto de vista retórico, su actitud ante Israel, al que criticó por violar el derecho internacional y el derecho internacional humanitario, así como perpetrar crímenes de guerra y de lesa humanidad contra la población gazatí. No cabe duda de que el amplio rechazo de la población saudí a una eventual normalización con Israel está detrás de este cambio de actitud, así como el temor por parte del príncipe heredero Mohamed bin Salman de que esta cuestión pueda entorpecer el proceso sucesorio en el que está inmerso el reino.

En paralelo, los dos países del Golfo parte del marco de Abraham han adoptado posturas divergentes: mientras Bahréin suspendió relaciones diplomáticas y comerciales, Emiratos Árabes Unidos ha optado por mantener en vigor los acuerdos en su totalidad, aunque consciente de la insatisfacción que esta decisión genera en el interior y exterior del país. Todo indica a que Abu Dabi, y quizás otros países de la región, está destinado a jugar un papel importante en el día después de la Franja de Gaza, en donde la gobernanza y la seguridad, pero también la economía a través de la reconstrucción, seguirán siendo áreas clave para la diplomacia regional e internacional.

LOS IMPACTOS DEL EL 7 DE OCTUBRE EN EL ORDEN REGIONAL

Las recientes dinámicas también podrían representar un punto de inflexión para el orden regional, destacando una renovada centralidad de la cuestión palestina en un contexto donde, durante años, la mayoría de las dinámicas regionales no han estado, o al menos no exclusivamente, vinculadas a esta cuestión. La situación actual también vuelve a arrojar luz sobre la ola contrarrevolucionaria y, con ello, el carácter autoritario de los países de la península Arábiga e Irán, que a menudo adoptan acciones contrarias al sentir de sus ciudadanos y reprimen gran parte de las muestras políticas de apoyo a la causa palestina. En este marco, algunos países se han visto obligados a adoptar un relato más moderado, reflejando un intento de

responder a las demandas de sus poblaciones, y los medios controlados por dichos gobiernos dan una cobertura mucho más cruda de la situación sobre el terreno.

Este contexto también ha intensificado el replanteamiento de alianzas regionales, afectando tanto a las coaliciones formales como a las informales. Instituciones supranacionales como la Liga Árabe, el Consejo de Cooperación del Golfo y la Organización para la Cooperación Islámica han enfrentado renovadas presiones para articular respuestas conjuntas a la situación en la Palestina histórica, destacándose las tensiones entre los Estados que priorizan la estabilidad y aquellos que buscan reafirmar su apoyo a la causa palestina. Paralelamente, las alianzas informales, como las establecidas bajo los «Acuerdos de Abraham» han entrado en un terreno más incierto. La escalada de violencia y el elevado costo humanitario en Gaza han complicado los esfuerzos por consolidar estas alianzas, especialmente en el caso de Arabia Saudí, que ha tenido que recalibrar su postura frente a las presiones internas y regionales que demandan una mayor solidaridad con Palestina. Este escenario evidencia un reacomodo estratégico en el que los intereses nacionales, las dinámicas populares y las prioridades geopolíticas se entrecruzan, desafiando el equilibrio que sostenía las alianzas existentes.

En línea con esto último, el orden regional post-7 de octubre también se ha caracterizado por los golpes sin precedentes que ha recibido el denominado Eje de la Resistencia. La destrucción de la Franja de Gaza ha sido acompañada por la eliminación de buena parte del liderazgo político y militar de Hamas, uno de los eslabones más importantes de esta alianza informal dirigida por Irán. No sólo eso, porque la estrategia de la «unidad de los frentes» promovida desde Teherán obligó a Hezbolá a abrir un nuevo frente de batalla contra Israel que provocó la invasión del país por el ejército israelí y el lanzamiento de bombardeos indiscriminados contra las zonas de mayoría chií. Como resultado de ellos, la mayoría de los dirigentes de las alas político y militar de la organización chií fueron también asesinados. Por último, el presidente Bashar al-Asad fue derrocado por los rebeldes sirios, de tal manera que Irán perdió a un aliado estratégico clave para aprovisionar de armamento a Hezbolá y mantener en pie el Eje de la Resistencia.

En este entorno en el que Irán queda enormemente debilitado y reduce su proyección regional, también ha quedado meridianamente clara la voluntad de los principales países y actores de la península Arábiga de evitar una mayor escalada bélica y apostar por una relativa estabilidad, posicionándose a favor de la reconciliación entre los integrantes del Consejo de Cooperación del Golfo con la rehabilitación regional de Qatar en 2020 y con el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Arabia Saudí e Irán con la mediación china en 2023, así como los esfuerzos de Arabia Saudí para

poner fin a la guerra en Yemen. Un ejemplo de este giro fue la visita del presidente iraní Ebrahim Raisi a Riad en noviembre de 2023 para tomar parte en la cumbre conjunta de la Organización de Cooperación Islámica y la Liga Árabe para tratar de alcanzar una postura común de ambas en torno a la guerra contra Gaza.

El contexto posterior al 7 de octubre de 2023 ha colocado a los actores no estatales en un papel central en las dinámicas de Oriente Medio. Grupos como Hamas, Hezbolá y Ansar Allah en Yemen y diversas milicias iraquíes como Hashad Shaabi han demostrado una capacidad estratégica para operar no solo en función de sus contextos domésticos, sino también en relación con el panorama regional e internacional. Estas organizaciones han utilizado su influencia militar, política y simbólica para proyectar poder más allá de sus fronteras, adaptándose a las tensiones regionales y buscando apoyo o legitimidad en audiencias globales. En este escenario, los actores no estatales no solo desafían el *statu quo* regional, sino que también actúan como catalizadores de cambios en los equilibrios de poder, aprovechando el creciente descontento social y la fragmentación política para consolidar su influencia.

Este mayor protagonismo confirma la profunda crisis del modelo de Estados árabes poscoloniales, un sistema que ya había sido puesto en entredicho durante los levantamientos de 2010 y 2011 y que ha seguido siendo desafiado por movilizaciones posteriores. El debilitamiento de varios Estados árabes centrales ha dejado espacio para que estos actores no estatales asuman roles tradicionalmente reservados a los gobiernos, lo que también plantea interrogantes sobre sus aspiraciones y las consecuencias de su creciente poder. Ejemplo de ello es el rol incuestionable del grupo Hayat Tahrir al Sham (Organización para la Liberación del Levante) en los cambios de poder en Siria, lo que refleja tanto el deterioro del Estado sirio y de sus aliados como la capacidad de los grupos armados para modelar el futuro político de la región.

La guerra de Ucrania y la destrucción de Gaza han evidenciado la necesidad de un mayor equilibrio en las relaciones internacionales, lo que ha llevado a los países de la península Arábiga a reevaluar su papel y sus alianzas en un contexto global cada vez más complejo. Estos países son cada vez más conscientes del simbolismo de la cuestión de Palestina para el Sur Global, que está llamado a tener un evidente protagonismo en la escena internacional en las próximas décadas. De ahí que países como Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos e Irán hayan sido invitados a sumarse al bloque de los BRICS+ desde el 1 de enero de 2024. Esta situación impulsa, al mismo tiempo, a una mayor actividad en sus políticas exteriores, aunque en ocasiones esta se limite a acciones más simbólicas que efectivas.

The Economist describió 2023 como «el año en que todo (y nada) cambió en Oriente Medio»², un comentario que invita a reflexionar sobre la realidad de la región no sólo tras el 7 de octubre, sino una vez que finalice la guerra contra Gaza. En nuestra opinión, existe la posibilidad de una nueva o renovada centralidad de la cuestión palestina en el panorama regional, aunque esta centralidad viene acompañada de serias limitaciones. La situación actual ha puesto a Palestina en el centro de nuevas dinámicas panárabes y panislámicas, destacando tanto la solidaridad entre pueblos como el renacer de la discusión geopolítica en torno al conflicto, aunque no necesariamente actúe como un puente entre ambos aspectos. En cualquier caso, todo parece indicar que los regímenes árabes seguirán limitando el espacio de maniobra para abordar de manera efectiva las demandas de los pueblos árabes, incluido el palestino. Ignorar estas demandas llevará, inevitablemente, a un aumento del descontento social en la región, alimentando tensiones y desestabilizando aún más el orden establecido en torno a la supervivencia de los respectivos regímenes. La esperanza radica en que los regímenes de la península Arábiga y otros actores regionales reevalúen sus posiciones, con lo que la cuestión palestina podría cobrar una nueva relevancia, no solo como un tema de solidaridad, sino también como un factor clave en la búsqueda de estabilidad, justicia y legitimidad política. En este contexto, el desafío será encontrar un equilibrio entre las aspiraciones del pueblo palestino y las complejas dinámicas políticas regionales e internacionales.

Ignacio Álvarez-Ossorio
Itxaso Domínguez de Olazábal

2 *The Economist*, «The year everything (and nothing) changed in the Middle East», 29 de diciembre de 2023.